



Jorge Ramón de Posada y Mauriz

Por Alfonso García Isaza

(Al cumplirse 150 años desde la independencia colombiana, esta Revista y el claustro bolivariano reiteran su fe en la patria, en sus héroes, en su historia, en todos los valores que integran la nacionalidad y la hacen digna y amable. Ser fieles a la patria es en alguna manera conservar la memoria de quienes la plasmaron originalmente. Por ello incluimos aquí este estudio sobre el gran patriota, un tanto olvidado, que al lado de los próceres —Bolívar, Nariño, Caldas y tantos otros inmortales— sembró con fe y desinterés la semilla de la gesta emancipadora).

Este sesquicentenario de nuestra independencia política debiera renovar el conocimiento de nuestros próceres para reiterarles de manera expresa el homenaje que latente, tácitamente les tributa siempre la nación, pero también para que conforten y estimulen la constante tarea cívica, en una aproximación más decidida a su vida y a su obra, a su martirio y a su gloria. Y con mucha mayor razón cuando al mismo tiempo que volvemos el rostro a mirar agradecidos la epopeya de hace ciento cincuenta años alcanzamos como pueblo un cruce agónico, un período alucinante y abisal.

Se ha dicho que la nación no es más que un permanente plebiscito, aclamación que se conforma en la unidad del ideal que sustentaron los eupátridas: ideal purísimo de solidaridad y de magnitud cada vez más alta y fecunda, de potencialidad creadora, porque la patria como el hombre vale cuanto es de potente su espíritu generativo. Para mantener esa voluntad germinante, para convocar a su alrededor ese inmenso y permanente plebiscito, están los próceres nacionales. No es pues una actitud meramente sentimental la que suscita su memoria.

En la categoría humana del heroísmo hay nombres que irrumpen en la historia porque concretaron y acendrarón en un supremo ademán, espontánea e inusitadamente, luminosos como el relámpago, cuanto puede valer la plenitud humana encarada a las extremas decisiones: Ricaurte, Girardot, entre ellos, y otros que vivieron esa misma

plenitud aquilatada en la constante práctica de la fe que no desfallece, de la lealtad que no trastabilla, del esfuerzo infatigable, de la donación abnegada, sin regateos a las más nobles vocaciones del espíritu: Bolívar, Nariño, Torres.

Jorge Ramón de Posada y Mauriz enfila en el tropel heroico con este carácter de ánimo constante. Por su impresionante actividad civilizadora, por su indomable decisión de libertad, por su servicio civil ejemplar, por su apostólico celo sacerdotal, por su abnegación sin medida, la parábola de su existencia fue procerca en todas las dimensiones del hombre: con la inteligencia y con la voluntad. Fue pues el héroe completo, no a la manera renacentista en la congestionada evocación de Nietzsche, sino con reminiscencias del **vir bonus** romano pero todo él enaltecido por su espíritu de cristiano. Fue hijo del siglo XVIII en cuanto esa filiación no lesionaba su carácter de cristiano y de sacerdote, de aquella centuria que tiene pocas similares en la historia universal. Siglo que produjo la más extraordinaria conjunción heroica de la época moderna; que recibió sazónada toda la estupenda evolución filosófica que arranca del XVII, transformación que apenas si tiene paralelos en los siglos V y IV de la cultura griega; que renovó la concepción científica y política del mundo con una orientación tan radical que aun vivimos bajo su signo.

El 23 de abril de 1756 este vástago de Miguel de Posada y María Rosalía Mauriz nació en la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria, en un ambiente social de la más alta clase, por su riqueza material y su ascendencia. En el Colegio de San Bartolomé descolló entre sus mejores alumnos. Allí estudió precisamente en la brillante época del virreinato de Caballero y Góngora. Vivió pues toda la ebullición que produjo la Expedición Botánica como también y con signo opuesto los primeros alborotos de libertad de doña Manuela Beltrán y los comuneros. Acaso esa época contradictoria influyó definitivamente en el ánimo de este criollo adolescente. Fue ordenado sacerdote en diciembre de 1780. Ofreciósele la vicerrectoría de San Bartolomé pero declinó el señalado honor. Allí mismo fue profesor de lenguas muertas, filosofía y derecho. Era pues todo un humanista.

En 1787 nombrósele párroco de Marinilla. Sobre un extenso territorio que se comprendía desde las márgenes del Rionegro hasta las orillas del Magdalena, desplegó su actividad múltiple, abrumadora y eficaz. Aquitania, Carmen, Cocorná, Granada, Guatapé, Peñol, Nare, San Luis, San Rafael, El Santuario fueron parroquias y poblados que el cura sacó de la nada o los rescató para la cultura, la fe y la libertad, sin más medio que su voluntad de colonizador pacífico y cristiano, donando su ingente fortuna, sin más armas que la persuasión y la bondad. Fue una labor extraordinaria en todos los órdenes: en el material y económico hay que recordar que fue el primero en sembrar caña de azúcar en Cocorná cuya explotación es todavía fuente de riqueza; el descubridor de varias fuentes salinas en el Oriente antioqueño, salados que por más de un siglo han sido elaborados y muy posiblemente el primero o uno de los primeros industriales de textiles en Antioquia pues trajo maestros en esas artes de Bogotá y El Socorro para montar fábricas de mantas, frazadas y lienzos. El gigantesco desarrollo in-

dustrial de Antioquia acaso recibió su primer impulso de este sacerdote prócer; tiempo después de iniciado el montaje de los telares éstos fueron trasladados a Rionegro y Medellín. Como padre de la educación en el Oriente puede también llamársele. Fue el fundador de la primera escuela en Marinilla y muchos hijos beneméritos de aquella región a él le deben su formación. Gracias al padre Posada y Mauriz se formó en Marinilla un especial ambiente intelectual. De allí salieron José Joaquín de Hoyos, abogado y parlamentario a la par que militar cuyos servicios a la emancipación culminaron con su fusilamiento en la Huerta de Jaime en 1816; su hermano Nicolás, miembro del primer cuerpo legislativo de Antioquia, cuya casa era albergue de Caldas, Ulloa, del Corral y Restrepo; Anselmo Pineda, fundador de la Biblioteca Nacional; Isidoro Peláez, el primer médico graduado que tuvo Antioquia; Fabián Sebastián y José Jiménez, el gran orador José Duque Gómez y otros, cuyos estudios culminaron en los colegios del Rosario y de San Bartolomé, en la Universidad Tomística, en Venezuela o Popayán, o bien en Medellín bajo la dirección de Fray Rafael de la Serna.

La actividad creadora de organizar y conformar una de las regiones más privilegiadas de la patria como es un hecho reconocido, sería suficiente título para aclamar el nombre de Posada y Mauriz como benefactor en grado sumo de la nacionalidad. Sin embargo hay otro aspecto que es necesario conocer para completar la figura de este carácter que en la axiología del procerato bien pudiera ser un ejemplo del héroe puro y es el que nos suministra su intervención extraordinaria en beneficio de la causa libertadora. Amó la libertad no a la manera rusoniana sino con un finísimo sentido cristiano. No era una actitud de mero arrebato, sino una fuerza espiritual equilibrada como difícilmente puede verse en otros héroes de la gesta emancipadora. La libertad como expresión de la plenitud de los seres humanos, que hace a éstos y a los pueblos responsables de su dignidad y su destino, dueños de sí mismos, artífices de su historia; la libertad de exultación como apropiadamente la denomina la filosofía tomista, fue la que colmó toda la obra de Posada y Mauriz. Que esto era así en él, nada mejor lo prueba que aquella acción que lo ennoblece hasta el colmo, de dar manumisión cristiana a sus 83 esclavos. “Acaban de salir de la misa que ha oficiado su amo. Ha sido solemnísimamente, —continúa el historiador don Ramón Correa— y los que van a ser libertados, acupan en ese día los bancos que sólo los aristócratas nobles de la población tienen derecho a hacerlo. Es inmensa la concurrencia, y en la grata sorpresa que exhiben los semblantes, se nota amor inmenso a los felices libertos, respeto profundo por el filántropo ilustre. El Dr. Posada, que era un buen orador, pronunció elocuentes frases de caridad, y al terminar, en medio de lágrimas y manifestaciones de verdadero querer para sus hijos, produce estas palabras que harán imperecedero el recuerdo de este día: “Hijos míos, desde hoy sois libres, iguales a mí. Pero este beneficio que Dios os ha hecho por intermedio de **vuestro** amigo, os impone un grande y sagrado deber; que seáis honrados hasta morir”.

“Dió en seguida a cada uno su carta de libertad y un estrecho abrazo que los sollozos hicieron cada vez más interesantes; a cada ma-

trimonio dio una fanegada de terreno para edificar su casita y una cantidad para ese fin; a los solteros les regaló de a veinticinco pesos (oro), y la ternura de este hecho produjo un hurra de reconocimiento para el sacerdote que así mostraba su caridad y su republicanismo". El futuro coronel de la independencia Bernardo Posada, estaba entre los libertos.

No se encontrará en la época colonial proclama semejante de libertad salida de labios de un amo de esclavos. Se impone como el evangelio compendiado de la dignidad humana encarado a la afrenta de azotes, aherramientos y carlancas y como voz de inaudita piedad para con millares de esclavos que ululantes ensordecen las oquedades de tres siglos de conquista y coloniaje. Fue así como Posada y Mauriz se incorporó entre los primeros libertadores de esclavos en América.

En los primeros días de la emancipación hace parte y con sobra de patriotismo y eficacia de los cuerpos constituyentes y legislativos de Antioquia junto con Del Corral, De la Calle, Lucio de Villa, José María Montoya, Ortiz, José Manuel Restrepo, José Félix Mejía.

Por disposición del dictador Del Corral recorre todos los pueblos de la provincia antioqueña para "obtener batallones, recursos de dinero, elementos de guerra, etc.". Fue pues el verbo de la revolución en Antioquia.

Con el mayor José Urrea forma en 1813 un batallón de 125 marinillos, la primera fuerza regular que Antioquia envió a la guerra de la independencia. Perteneían estos soldados a las más distinguidas familias de la heroica ciudad. Tocóles en suerte servir de guardia de Nariño, el precursor inmortal, en su sublime odisea bélica del sur y arrostrar con él los horrores de la derrota. De aquel contingente regresaron a su tierra solamente diez hombres. Durante la ausencia de estos héroes el Padre Posada atendía con su propio peculio a las necesidades de las familias que ellos sostenían.

Una vez sojuzgada la provincia antioqueña por Tolrá, fue enviado el comandante Villalobos a Marinilla, a "ese pueblo rebelde" como lo llamó el mismo Tolrá, al "insurgente, traidor y rebelde cantón de Marinilla". Rebelde, insurgente, no cabe duda que lo fue. Vaya un ejemplo: "Don Pedro Gómez Jiménez, jefe político de dicha ciudad, cuando en 1816 recibió una comunicación del Cabildo de Medellín, compuesto por los señores Manuel M. Bonis, Juan Santamaría, alférez real Miguel Naranjo, José M^a Santamaría, José A. Vélez, José Joaquín Lince, Manuel González, José Antonio Mejía, José María Uribe, Antonio Uribe, José Rodríguez Obeso y José Vicente de la Calle, escribano público, en la cual le exigían que se apresurase a desagruar al Rey de España en la persona de su teniente D. Carlos Tolrá, "como ya lo hemos hecho nosotros". El señor Gómez contestó así: "Yo no desagruo a nadie; lo hecho con Marinilla fue de acuerdo con la justicia y la libertad; si no les gusta mi franqueza, pueden quitarme el bastón" (Ramón Correa en "Marinilla Heroica"). Muchos meses de cárcel pagó el señor Gómez Jiménez por su entereza ejemplar.

Exacciones, apaleamientos, maltratos a los ancianos, apoderamiento de las mejores casas de habitación, etc. fueron las medidas punitivas que impuso Villalobos, "providencias fuertes e irrevocables" co-

mo se lo pedía Tolrá. Entre sus víctimas está el Padre Posada a quien lo despoja de su casa para convertirla en cuartel de la tropa e impónele contribuciones por más de ocho mil pesos, lo que no menoscaba la entereza del prócer. Con los presbíteros Francisco Javier y Ramón Gómez estableció un cordón de postas desde Marinilla hasta Mariquita en donde el señor Carlos Viana les comunicaba lo que ocurría en el centro de la república. Fue así como en 1819 se supo el triunfo de la Batalla de Boyacá. Es muy interesante la narración de las estratagemas y manera como en Marinilla se recibió la noticia. El doctor Gabriel M^º Gómez, soldado de la independencia y sacerdote elocuente, cuenta los hechos en la siguiente forma: “En el año de 1819 en el mes de agosto, con solo el rumor de que el ilustre General Bolívar se aproximaba a Bogotá con sus tropas libertadoras, este cantón se conmovió en masa; y cuando vagamente se anunció el triunfo de Boyacá obtenido por las armas republicanas, abrió también campaña y comenzó a hostilizar al sanguinario y feroz Tolrá. La interceptación de varios pliegos que se le dirigían, lo hicieron entrar en recelos y mandó a este pueblo gente armada bajo las órdenes de Patablanca (Villalobos), a quien obligamos a huir cobardemente con la sola presencia de 200 hombres, y algunos cohetes que se quemaron”.

“Entre los pliegos interceptados —continúa el Dr. Gómez— venía uno de Angles que avisaba estar apostado en Nare con 150 hombres de línea, y que allí permanecería hasta que Tolrá le dijese si se dirigía para Cartagena, o se concentraba en esta provincia con sus fuerzas. Los que entonces trabajaban por la libertad en este cantón le contestaron en nombre de Tolrá, que marchase sin dilación a Cartagena en donde se verían, y que él seguiría por Zaragoza, porque ya todos estos pueblos estaban en armas para perseguirlo. Esta fingida comunicación fue tan oportuna, que produjo incalculables y positivas ventajas para la patria y para nosotros. Redujo a Tolrá al triste estado de la incertidumbre, nos libertó del sacrificio sangriento de nuestras vidas, trastornó los planes inicuos de nuestros opresores, llenó de terror las filas liberticidas, y abrió las puertas de esta interesante provincia al valiente coronel José María Córdoba. Sin el patriotismo arrojado de Marinilla, esta provincia no habría sido libre tan pronto como lo fue. Tolrá y Angles habrían formado con sus dos columnas una de 300 plazas, habrían reclutado más gente, habrían fortificado los puntos ventajosos, habrían retardado la marcha de Córdoba, habrían impedido su entrada, y puede ser que triunfado también de sus débiles fuerzas”.

“Ya puede inferirse de cuánta importancia sería para la patria la contestación a que nos referimos, pues Angles se marchó para Cardas a Cartagena, que Tolrá saldría por Zaragoza y allí se reunirían...”. tiempo preocupado con el temor de la completa derrota que había sufrido Barreiro en Boyacá, y mucho más con las apuradas noticias que le daría Villalobos del estado de nuestro cantón, no pudo tomar otra providencia para sostener su moribundo partido, que la de fugarse lentamente con los intereses que existían en cajas, y resguardando la espalda con las tropas que tenía”.

Don Ramón Correa dice que “el señor Miguel Buitrago, marinillo, sorprendió al posta que conducía esta comunicación (los pliegos

de Angles), se la quitó, y después de asegurar en su casa de Pavas al conductor, se vino a la ciudad de Marinilla a verse con el Dr. Posada. Este cambió la nota y ordenó a Angles que siguiera a marchas forzadas a Cartagena, que Tolrá saldría por Zaragoza y allí se reunirían...”.

Fue pues el doctor Posada el autor de esta trastada —ingenuo maquiavelismo— que alteró fundamentalmente los posibles planes del enemigo.

Marinilla y el Oriente antioqueño débenle su formación y espíritu eminentemente patriótico. Siendo el cantón menos poblado de la época de la emancipación en Antioquia, el más precario en recursos económicos, y el más joven, posiblemente fue de donde más soldados salieron para la lucha libertadora. Del solo lapso transcurrido desde los días de Boyacá al 30 de noviembre de 1820, en los legajos del archivo municipal de Marinilla hay un “resumen general de los hombres reclutados, de los voluntarios, de vestuarios, caballerías y toda clase de equipo y donaciones en dinero, en víveres, etc., hechos por el cantón entonces, así: Hombres reclutados para distintos cuerpos, 225; hombres que se tuvieron en campaña cuando la invasión de Warleta, 370; hombres que se reunieron en guerrillas cuando la entrada de las tropas republicanas, 100; total 695. Vestuarios que se han dado, 280; caballerías para el servicio, perdidas la mayor parte, 237; peones para el servicio, 80; monturas, 37; invertido en ganado, 2.137 pesos; maíz, dulce, frisoles, 1.374 pesos; raciones en dinero, 1.592 pesos; id. en distintos puntos, 558 pesos; gastos en la entrada de las tropas republicanas, 600 pesos; ha contribuido este vecindario en dinero, armas, raciones con 27.691 pesos; donativos voluntarios al comandante Córdoba, 1.048 pesos”.

Continúa el historiador Ramírez, de cuya obra extractamos estos datos: “En otra hoja (56) se especifican más gastos o servicios, y se pone la lista de fusiles, lanzas, libras de pólvora, balas de fusil y libras de peltre, y saca un total de lo gastado en dinero con el valor de las cosas, de 35.318 pesos” . . .

Nótese que fueron servicios prestados en poco más de un año, sin contar la contribución humana y material que desde 1813 venía prestando la ciudad y el cantón de Marinilla.

Las solas donaciones hechas por el doctor Posada a la causa republicana se calculan en 46.700 pesos.

Tal decisión y valor por la república inspiraron a Córdoba estas palabras exagerando un poco pero acertando más: “Marinilla es el pueblo que mejores servicios ha prestado a la república” (25 de enero de 1820). Y a don Marco Fidel Suárez la frase justiciera en la que a la ciudad la llama “Esparta colombiana”.

Toda la actividad patriótica del Cura prócer le había granjeado la amistad de Córdoba. Sin embargo, ese vínculo cordial de tantos años no fue suficiente para que Posada alterara su fidelidad al Libertador cuando el héroe de Ayacucho se lanzó a la desacertada empresa de concitar la rebelión contra el Padre de la Patria.

“En 1829 —dice don Abraham Moreno— el general Córdoba quiso que su amigo íntimo, que lo era el doctor Jorge Ramón de Posada, patrocinara la revolución que proyectaba contra el Libertador. . .

Al final de una larga entrevista que con este motivo tuvieron en Marinilla el sacerdote y el héroe, no habiendo conseguido aquél disuadir a éste de su intento le dijo al separarse: "Ahijado (así llamaba a Córdoba el Dr. Posada), no solamente no le ayudo en su empresa, ni aun con mis oraciones, sino que desde hoy mismo voy a trabajar con todo mi influjo y con todas mis fuerzas para contrariar sus propósitos, y únicamente pediré a Dios que lo vuelva a Ud. al camino del deber y que la patria vea a su hijo predilecto defendiendo al Padre de la Patria, que es su Libertador". Tal es lo que en sustancia nos trasmite sobre este incidente el ilustrado Dr. Jesús M. Gómez, quien lo oyó de boca de su respetable padre D. Antonio, que fue íntimo amigo de Córdoba".

"El Dr. Posada, —continúa el señor Moreno— a su pesar, cumplió su deber, después de haber agotado los recursos de su discreción y de su ascendiente, unidos a los muchos amigos sinceros de Córdoba, para obligarlo a desistir de su temeraria empresa... Dicen que le llegó un momento de vacilación, y que, malos consejos valieron más en el ánimo de Córdoba, que los de la prudencia y el amor patrio...".

Fue también amigo personal de Caldas y Ulloa. "Agradecidísimos estamos Ulloa y yo —escribía el sabio— de las finas atenciones y benevolencia de usted, querido amigo, porque con usted se anima el espíritu y se ve la bondad de su vida santificada por la caridad y las virtudes". Juicio de un espíritu sublime sobre otro parigual, que es confirmado por la tradición y por la historia. Cuéntase de este buen amo que siendo visitado alguna vez por sacerdote distinguido quien le interrogó: "Dr. me han dicho que Ud. tiene muchos esclavos", contestóle: "No señor, en mi casa viven conmigo muchos hermanos de color humilde y ellos son los que mandan, yo los quiero como mi propia familia: así en mi hogar no hay más que un esclavo, y ese soy yo".

Por cuarenta y ocho años fue párroco de Marinilla. Curato de tanto tiempo vivido con una actividad intensa por Dios y por la patria terminó con la muerte acaecida en 1835.

Para Jorge Ramón de Posada su gloria bien puede consistir en las dos notas con que la conformaba el Libertador: en ser grande y en ser útil. Magnánimo al desprenderse abnegadamente de su cuantiosa fortuna en la obra cristiana y libertadora que llevó a término; magnánimo al desatar lleno de caridad el ferrado vínculo de sus esclavos; grande y útil en su apostólica labor de civilizar y prosperar cristianamente toda una raza, obra que lo constituye en el padre Abraham de una descendencia espiritual que prolongaría con el correr del tiempo sobre todos los puntos cardinales la enseñanza de su guía sapientísima; grande y útil en su fervor por la libertad que lo hace émulo con quienes formaron aquella ejemplar pléyade de clérigos patriotas como Azuero y Plata, José Félix Blanco, Bonifacio Bonafont, Cuero y Caicedo, Domingo Belisario Gómez, Ordóñez y Cifuentes, Rosillo y otros más, su perfil heroico enaltece a la historia y es admirable ejemplo de austero y permanente y vigilante servicio patrio.